

PALABRAS DE ENRIQUE AGUILAR,  
EN EL ACTO DE APERTURA DEL  
«INSTITUTO DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES  
INTERNACIONALES»

Sr. Rector de la Universidad, Sr. Vicerrector, Sr. Arzobispo Emérito de Paraná, Autoridades presentes, profesores, graduados, alumnos, invitados especiales, señoras y señores:

**M**e complace vivamente compartir con ustedes estas palabras no sólo por la ocasión que me ofrecen de manifestar ante un amplio y calificado auditorio mis agradecimientos, sino por el hecho mismo que las provoca: la inauguración del Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica Argentina. Se trata, por cierto, de un anhelo largamente acariciado cuya concreción, al tiempo que personalmente nos alegra y enorgullece, nos crea grandes responsabilidades que esperamos poder asumir con decoro.

Hace dos años iniciamos un proceso de reforma inspirado, lo señalé en su momento, por una afirmación de Raymond Aron referida a la virtud, hecha a la par de constancia y flexibilidad, que consiste en salvar la tradición, renovándola.

A decir verdad, este proceso comenzó a germinar en 1999 cuando la Escuela se constituyó en sede del IV Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político, hoy presidida por el Dr. Arturo Fernández. A mi entender, que otros aquí comparten, el hecho marcó una frontera: nos abríamos, por decirlo así, a un diálogo fecundo con otras universidades, de gestión pública o

privada, dispuestas por su parte a tejer lazos y a superar viejos recelos en pos del progreso del conocimiento y del crédito mutuo -cimiento de toda sana convivencia- que supone siempre el intercambio de las ideas.

De entonces acá, creemos haber alcanzado -parcialmente, sin duda, pero sobre la base del esmero y la buena voluntad- algunos objetivos, el más reciente de los cuales, permítanme señalarlo, es la acreditación de nuestro Doctorado en Ciencias Políticas.

Un ingreso cercano a los doscientos inscriptos, planes de estudio renovados, incorporación de algunas materias que consideramos redundarán favorablemente en la formación de nuestros alumnos (entre éstas, Política Comparada, Debates políticos contemporáneos o los Seminarios de Investigación privativos a cada carrera), incorporación, por otro lado, de algunos profesores de ganado renombre que no vacilaron en sumarse y dar apoyo a nuestro proyecto académico (hago aquí un paréntesis para agradecer muy especialmente a Eugenio Kvaternik y para celebrar, asimismo, el regreso a nuestro claustro de dos queridos amigos: Ricardo Lagorio y Vicente Espeche Gil)... En fin, podría agregar otros tantos datos alentadores si no fuera porque paralelamente arrastramos falencias no siempre fáciles de subsanar y el pesado lastre que significa no haber podido dar cima, salvo excepciones, a una importante producción académica.

Entusiasta lector de Ortega, no puedo menos que suscribir la tesis según la cual "la Universidad es distinta, pero inseparable de la ciencia". En otros términos, si convenimos en que la misión de la Universidad es primariamente la transmisión de la cultura y la enseñanza de las profesiones, nuestro acuerdo debería incluir, por añadidura, a la investigación científica que sólo puede echar raíces y madurar dentro de una atmósfera propicia, con un número de profesores ya doctorados o en vías de estarlo que consagren sus horas de oficina a volcar en libros o artículos los resultados de su labor creativa.

Cualquier mente bienintencionada conoce la distancia que media entre el reconocimiento de este descuido en el que incurrimos y la defensa de una productividad medida en términos cuantitativos u otros requerimientos dominantes que, a fuerza de privilegiar el rango que como investigador posee el profesor, subestiman la importancia de sus dotes pedagógicas y de la capacidad de sistematización indispensable para la enseñanza, ya no de un tema específico, sino de una asignatura completa. Requerimientos, por lo demás, que terminan siendo “refractarios” -como se ha expresado bien- a la verdadera vocación intelectual y a la integración de los distintos saberes, a menudo delimitados por fronteras artificiales.

Renuevo, por consiguiente, la invitación que cursé en septiembre de 2001 para que continuemos juntos labrando este cauce con voluntad de mejoramiento –personal y colectivo, en tanto miembros de una misma comunidad universitaria- y, sobre todo, con espíritu pluralista y sentido del compromiso crítico, remedios ambos, sobradamente probados, contra las ortodoxias ideológicas y lo que Octavio Paz llamaba “la petrificación del pensamiento”.

Cuando miramos a nuestra alrededor, en este “desierto lleno de palabras” que era para Eduardo Mallea la Argentina, una de las cosas que asombran es el pequeño espacio que reservamos hoy en día al saludable ejercicio de la crítica. Ocasionalmente se alzan algunas voces decisivas que nos obligan a hacer un alto y a repensar un poco las cosas. Pero, por lo general, preferimos desviar la atención, cerrar los ojos inclusive y cobijarnos en el silencio.

Pues bien, este Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales quiere ser un espacio de discusión pública. Decíamos antes que la Universidad es *también* investigación científica. Pero Ortega añadía algo más. En efecto, la Universidad –escribía- no sólo “necesita contacto permanente con la ciencia, so pena de anquilosarse. Necesita también contacto con la existencia pública, con la realidad histórica, con el pre-

sente”. De este modo, concluía el filósofo, “metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones”, la Universidad podrá representar “la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez”.

Creo que cumpliríamos a medias nuestra misión como parte de la Universidad Católica Argentina si sólo orientáramos nuestro empeño en la consecución, puertas adentro, de metas estricta y exclusivamente académicas. También queremos atender a nuestra circunstancia nacional aportando reflexiones, sugiriendo vías de acción y, por qué no, poniendo alas a nuestros sueños que son los mismos que ustedes abrigan: sueños sobre un país próspero, instalado en el mundo, donde se entienda que no es el orden sino la opresión lo contrario de la libertad; un país respetuoso de las reglas, capaz de zanjar sus diferencias más radicales y de restañar sus heridas, permeable a la diversidad de voces y corrientes, tolerante pero no indiferente y cuya identidad, como ha dicho la Conferencia Episcopal, “sea la pasión por la verdad y el compromiso con el bien común”. A este propósito, también nosotros pedimos a Dios que nos conceda “la sabiduría del diálogo y la alegría de la esperanza que no defrauda”.

Reservo, por último, un mensaje para nuestros alumnos. Se habla recurrentemente –en los medios, la escuela, la educación superior y hasta en la conversación familiar– de recrear la cultura del esfuerzo. Apenas si resulta necesario insistir en que esta tarea ímproba, pero de inexorable realización, es impensable sin el concurso al menos de tres voluntades: la de los padres, la de los docentes y la de los alumnos. Me parecería torpe desdeñar una en favor de las otras porque las tres concurren, en proporción pareja, a un mismo objetivo. No obstante, es a los estudiantes a quienes quiero fundamentalmente exhortar, invitándolos a sembrar, cada cual dentro de sí, el severo cultivo del esfuerzo con vistas a cosechar, a la vuelta de unos años, sus benéficos frutos.